

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Philip L. KOHL, *The Making of Bronze Age Eurasia*, Cambridge University Press, Cambridge 2007 (296 pp.), ISBN: 978-0-511-27004-8.

Philip L. Kohl obtuvo el B.A. en Griego y Latín por la Universidad de Columbia, es Doctor en Antropología en la Universidad de Harvard y, actualmente, profesor de Antropología en el Wellesley Colledge (Massachusetts). Ha escrito varios libros y más de 140 artículos y reseñas relacionados con Oriente Próximo en la Antigüedad, y es miembro del consejo editorial de la revista científica *Antiguo Oriente*.

Se trata, esta, de una obra muy interesante y, hasta cierto punto, necesaria, como el propio autor explica. Se dirige a los arqueólogos especialistas anglosajones como un medio para dar a conocer, en un ámbito científico donde tradicionalmente se ha dejado de lado, los materiales arqueológicos más relevantes que se han descubierto en Rusia asociados a las culturas que allí habitaron durante la Edad del Bronce. Ampliamente publicados en el contexto local, el escaso conocimiento de la lengua rusa fuera de su ámbito de utilización ha propiciado que la Historia y desarrollo de grandes e importantes regiones haya quedado olvidada y, en gran medida, aislada, dentro del ámbito científico más generalista. Con esta obra, escrita en inglés, el autor pretende acercar el trabajo de numerosos e importantes historiadores, antropólogos y arqueólogos rusos que llevan trabajando décadas y publicando sus descubrimientos en su lengua, problema fundamental para su difusión en que el autor incide. Se trata de una tarea titánica que, como es lógico, no puede completarse enteramente en una sola obra, pero que ofrece un panorama

general muy bien esbozado y que muestra la riqueza de aquellas regiones y la importancia de las culturas que se desarrollaron en el ámbito euroasiático con gran detalle y relacionadas con el contexto internacional desde el Calcolítico Tardío hasta la Edad del Bronce.

Kohl es consciente de que es difícil resumir todo el corpus del registro arqueológico que investigadores rusos, etc. han recopilado y publicado durante todo el siglo xx ya que, relacionado con ello, diversas áreas y periodos apenas cuentan con investigaciones que permitan realizar un estudio completo del panorama histórico en aquellas regiones, en base a patrones recurrentes o a procesos sinérgicos. Ello obliga a un elevado grado de hipotetización en cuanto a la interpretación, que Kohl no pasa por alto, ofreciéndonos, simplemente, una versión propia de dichos procesos, no excluyente ni definitiva. Metodológicamente, como enfatiza en el primer capítulo relacionado con la evidencia y teoría arqueológica, se posiciona lejos de la tradición neoevolucionista de la arqueología procesual, buscando ofrecer un enfoque distinto a la interpretación de los restos materiales localizados, dando importancia a factores poco tenidos en cuenta como las redes de interconexión que existieron durante aquellos periodos, y que sirvieron como vehículo para la expansión de novedades y el comercio de diversos productos, posibilitando un proceso global de desarrollo cultural.

En el segundo capítulo, centrado en el Calcolítico, Kohl comienza a centrarse en las culturas más importantes del periodo, como la Tripol'ye o la Sintashta-Arkaim, defendiendo el desarrollo temprano, al final de la Edad del

Bronce o principios de la Edad del Hierro, de una forma específica móvil y más especializada económicamente de nomadismo en las estepas euroasiáticas, caracterizado por realizarse a caballo, siguiendo un patrón de pastoreo mixto que aprovechaba los cambios sufridos en ese ecosistema, como señalan diversas evidencias. Todo ello relacionado con el importante comercio de metales que se dio en aquellas regiones y que propició la extensión de los avances tecnológicos. En el tercer capítulo, el foco está en la región del Cáucaso y las culturas que allí se desarrollaron, destacando por su importancia la Maikop y la Kura-Araxes. El cuarto capítulo versa sobre el desarrollo de las formas de economía móvil, tratando más extensamente las polémicas suscitadas acerca del momento en que los caballos pasaron a ser montados en lugar de o paralelamente a su consumo, y que favorecieron tanto la movilidad como la interacción cultural, así como acerca del comienzo en la utilización de los carros. El quinto capítulo trata sobre el desarrollo de la agricultura de regadío y la importancia que ello tuvo en cuanto al desarrollo de estas culturas, desde un estado que se ha entendido como «bárbaro» a otro «civilizado», y que mantuvo contactos regulares con regiones fronterizas muy desarrolladas como sucedió con el ámbito sumerio. El último capítulo se centra en los procesos de circulación e interconexión permanentes de materiales, tecnologías y gentes durante la Edad del Bronce en Eurasia, desde los Balcanes a China, diferenciando entre la economía pastoral dominante, desarrollada en la zona occidental de la estepa euroasiática durante la Edad del Bronce, del nomadismo pastoral montado que surgió en la Edad del Hierro.

Así, esta obra muestra una visión, generalizada y basada en el registro arqueológico, acerca de las

sociedades que habitaron en la región euroasiática durante la Edad del Bronce, destacando los procesos de interacción y desarrollo de economías adaptadas móviles y basadas en la cría de animales, que propiciaron cambios colectivos a distintos niveles. Se trata el paso de economías de subsistencia a economías basadas en el intercambio, incidiendo en el desarrollo agrícola o la explotación de los recursos minerales, señalando que ello no evitó la existencia de tensiones interculturales que propiciaron un aumento en la aparición de asentamientos fortificados y en la producción de armamento, cada vez más avanzado.

Se trata de una obra interesante, arriesgada en su intento de compilar, de forma resumida, décadas de investigación rusa poco estudiada a nivel internacional y, ya desde el título, en cuanto a la definición de «Eurasia», pues existen corrientes que emplean este término de forma más o menos extensa. No obstante, el esfuerzo es de agradecer y contribuye a acercar una región prioritaria, históricamente, en cuanto al desarrollo de la Edad del Bronce, por cuanto que no solo era muy extensa sino que articulaba e interconectaba zonas estratégicas social, política y económicamente como el Lejano Oriente y el Próximo Oriente. Una obra que se complementa perfectamente con el trabajo de Koryakova (*The Urals and Western Siberia in the Bronze and Iron Ages*, Cambridge) para sacar a la luz un periodo oscuro en una región poco tratada a nivel internacional, pero extensamente estudiada por investigadores rusos cuyo trabajo, lamentablemente, no han alcanzado el predicamento merecido.

ARTURO SÁNCHEZ SANZ
Universidad Complutense de Madrid
 asblade@msn.com

AA.VV., *Jean-Claude GOLVIN, Un architecte au coeur de l'Histoire*, Catalogue de l'exposition, Musée Départemental Arles Antique, Éditions Errance, Paris 2011 (208 pp., 91 figuras a color, 12 blanco y negro), ISBN: 978-2-87772-466-1.

Entre quienes se dedican al estudio de la Antigüedad desde el punto de vista de la Historia o la

Arqueología es difícil encontrar hoy día a alguien que no conozca la obra de Jean-Claude Golvin. Consciente o inconscientemente habrán observado alguna de sus evocadoras acuarelas, frecuentes en museos, artículos y obras de divulgación. El catálogo que aquí se reseña es fruto de una exposición dedicada a la figura del arqueólogo y dibujante en el *Musée Départemental Arles Antique* con motivo de

la donación de su colección íntegra —más de 1000 láminas y bocetos— a dicha institución. La elección no es casual. Más allá de los vínculos personales del autor, que durante gran parte de su vida ha residido en el sur de Francia, se encuentra el potencial del propio museo de Arlés. Construido en 1995 y con una gran superficie de 2700m², atesora algunas de las piezas más singulares del mundo romano pero es sobre todo el esfuerzo didáctico que realiza la entidad a la hora de poner en valor sus colecciones y acercar la Antigüedad al gran público lo que ha inclinado a Jean-Claude Golvin por depositar en él su obra. A su vez, la entrega completa de la misma está pensada para facilitar su gestión y en el futuro será enriquecida con los nuevos trabajos del artista.

Sin duda el catálogo resulta el complemento ideal a la visita de la exposición, que abrió sus puertas entre el 22 de octubre de 2011 y el 6 de mayo de 2012. En lugar de en una sala para eventos temporales, fue realizada en armonía con la colección permanente. Las principales restituciones de Golvin se presentaron en grandes paneles que colgaban de estructuras de madera cuadrangulares. Algunas de estas contaban con huecos en sus laterales repletos de ilustraciones que era posible sacar como si se tratase de fichas de gran tamaño. Resultó tan agradable como sorprendente para quienes hemos tenido la suerte de visitar el museo con anterioridad descubrir que el célebre *cli-peus virtutis* de Augusto no se exponía encima de un fondo gris como hasta entonces, sino sobre una imagen de los magistrados en el foro, o que junto al impresionante conjunto escultórico del teatro se encontraba una vívida representación del edificio en un día festivo.

El catálogo, editado en tamaño folio e ilustrado con más de 100 imágenes de gran calidad 91 de las cuales son a todo color, se compone de nueve capítulos con una extensión de entre 10 y 25 páginas. En ellos se recogen desde una entrevista con Golvin (L. Toutain) a reflexiones sobre la restitución gráfica del mundo antiguo (D. Jacobi, R. Vergnienx), pasando por la relación del ilustrador con Egipto y Túnez (A. Charron, H. Ben Assen) y su representación de las ciudades y monumentos galos, con especial atención a los de Arlés (G. Cololon, A. Genot, M. Heijmans). Asimismo el propio J.-C. Golvin dedica un capítulo al que fue su tema de tesis, los anfiteatros romanos. Las aportaciones,

algunas de marcado carácter biográfico (su infancia en Túnez y Argelia, el desarrollo de sus misiones en África, o sus trabajos en el *Institut de Recherche sur l'Architecture Antique*), giran en torno al autor y su obra en un tono de admiración y respeto que con frecuencia se convierte en homenaje. Es cierto que rara vez la arquitectura y las Bellas Artes se alían con tanto acierto bajo una misma pluma pero, como remarcan todos los contribuyentes, el resultado final es fruto de un exhaustivo trabajo de documentación en el que lo artístico sólo ocupa una parte. Bajo una cuidada estética, aquello que se levanta en el papel está basado en criterios arquitectónicos que permitirían construir en la realidad lo dibujado, pero sobre todo, en una concienzuda lectura de la documentación arqueológica preexistente. Cada dibujo corresponde a unas necesidades, siendo la preferencia del autor la vista «a vuelo de pájaro» que privilegia la comprensión volumétrica de los conjuntos representados. La visión de «tres cuartos» y el uso de la perspectiva son otras de sus señas de identidad, aunque en función del problema arquitectónico a resolver la técnica puede variar. En el caso de las termas o el foro de Conímbriga, por ejemplo, el dibujo es en blanco y negro y siempre hay uno o dos personajes que sirven para comprender la escala del edificio. Cuando el carácter de la obra es más divulgativo que demostrativo (en la mayoría de los casos) se suele emplear el color y abundan los individuos con los que el espectador tiende a familiarizarse, haciendo suya la pieza e interiorizando aquello de que «eran como nosotros». Al observar una ciudad antigua, el paso del tiempo, las nuevas construcciones y las constantes reutilizaciones hacen muy compleja su comprensión. El dibujo permite dar una idea íntegra del conjunto en un período histórico concreto sobre la base del conocimiento existente en el momento en que fue trazado. Golvin defiende su uso (combinado, que no excluyente) frente a otras tecnologías como el levantamiento en 3D recalcando su bajo coste y relativa rapidez, sin que sea necesario para su realización un equipo de varias personas. Sin embargo es cierto que la acuarela no permite corregir errores. Antiguas ilustraciones del autor muestran una laguna paludosa frente a la Fréjus romana que hoy los sondeos han revelado inexistente (pp. 140-141, figs. 9-11), o una pirámide de la IV dinastía del yacimiento de Abu-Rawash situada en un lugar erróneo (pp. 84-

85, fig. 14); todas deben ser entendidas como fruto de su tiempo y de unos conocimientos arqueológicos, aceptando que el devenir de futuros trabajos las mantendrá en un cambio constante.

En cuanto a la temática, las acuarelas se centran en monumentos y ciudades, siendo Egipto y Roma los períodos históricos recreados con más frecuencia. Al contrario de lo que ocurre en el mundo romano, donde las aglomeraciones urbanas se conocen mejor, en el ámbito egipcio el autor se centró en monumentos. Ello no implica que no pueda mezclar ambos aspectos, como demuestra por ejemplo su visión del «Harén meridional de Amón» durante el s. III d.C. (p. 81, fig. 10), un antiguo templo de Luxor convertido en un *castrum* militar bajo Diocleciano. Pero el mérito no sólo radica en dibujar aquello conocido. Siguiendo el ejemplo que plantea D. Jacobi (pp. 41-42), un ilustrador del s. XIV al que se le encargó plasmar sobre el papel una Torre de Babel realizó algo que sin duda se parecía demasiado a las catedrales góticas que se construían en ese momento; sin embargo Golvin es capaz de traducir un texto e interpretarlo en lenguaje arqueológico, consiguiendo no sólo plasmar un paisaje antiguo, sino plantear nuevas dudas sobre el mismo. Es el caso, por poner otro ejemplo, de la restitución de un taller de cerámica de Sallèles-d'Aude (p. 128, fig. 1), cuyo dibujo sirvió para corregir algunos elementos que no se adaptaban a la interpretación propuesta inicialmente. Sus representaciones son especialmente aclamadas en Francia donde, debido a un estado más incompleto del patrimonio arqueológico que el que se puede dar en ciudades romanas del Norte de África, revisten una especial importancia a la hora de comprender e imaginar los espacios de la Antigüedad. Entre las distintas urbes de las Galias a las que se ha dedicado el autor la *Colonia Iulia Paterna Arelate Sextanorum* posee sin duda un especial interés. Mientras que en la guerra que enfrentaba a Pompeyo con César Marsella se inclinaba por el primero de los contrincantes, Arlés lo hacía por el segundo, eligiendo el bando ganador. Ello le permitió adquirir casi todo el territorio de la antigua co-

lonia focea (así lo explicaba un gran mapa de Golvin al inicio de la exposición, pp. 156-157, fig. 1) lo que unido a su doble condición de puerto fluvial y marítimo sobre el Ródano pronto la convirtió en un centro redistribuidor de primer orden y en una de las ciudades más influyentes del Occidente mediterráneo. Dado que la muestra se desarrolló en el museo de la antigua *Arelate*, 11 de las 24 acuarelas fueron realizadas *ex profeso* para la exposición, mostrando monumentos emblemáticos de la ciudad como el célebre puente de barcos o las termas y la basílica tardías, con un protagonismo bien visible en el propio catálogo. Éste además incluye un DVD de aproximadamente 37' de duración en el que a través de seis vídeos se reflexiona sobre las distintas formas de restitución: infográfica, por maqueta o con dibujo, al tiempo que se puede ver al mismo Golvin en su taller llevando a cabo una de sus ilustraciones.

En definitiva, lo más destacado de esta recomendable obra es la magnificencia de su aparato gráfico, con algunas figuras que ocupan dos páginas y la hacen merecedora de ser expuesta permanentemente en un atril para el deleite del lector. Tiene además la peculiaridad de permitirnos soñar con nuestras propias ciudades, imaginando gracias a sus dibujos de los muelles fluviales de Arlés cómo hubieron de ser los de Zaragoza, extrapolando la riqueza de las *domus* norteafricanas a las de las moradas más señoriales de Itálica o dándole a la Cartagena bizantina el aspecto de la fortaleza tunecina de Haidra, levantada sobre los restos de la ciudad altoimperial. No hay duda de que una imagen vale mucho más que mil palabras, sobre todo, cuando es Jean-Claude Golvin quien la realiza. Esperemos que sus dotes de arqueólogo y arquitecto, su metodología científica y su talento innato como dibujante nos regalen en el futuro nuevas exposiciones y catálogos como este.

ALEJANDRO QUEVEDO
Universidad de Aix-Marseille
 quevedo@msh.univ-aix.fr

Julián ESPADA RODRÍGUEZ, *Los dos primeros tratados romano-cartagineses: análisis historiográfico y contexto histórico*, Col·lecció instrumenta 43, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, Barcelona 2013 (325 pp.), ISBN: 978-84-475-3674-0.

La primera pregunta o reflexión que cabría plantearse al leer el trabajo de J. Espada es si nos encontramos ante una nueva monografía relacionada con las relaciones entre Roma y Cartago durante el período de la República arcaica. A tenor del título, se podría pensar que, efectivamente, se trata de una publicación que vuelve a retomar un tema ya manido en la historiografía contemporánea si bien, por fortuna, una atenta lectura acaba por demostrar todo lo contrario. El libro *Los dos primeros tratados romano-cartagineses* no se centra única y exclusivamente en el análisis de los acuerdos diplomáticos establecidos entre las dos máximas potencias mediterráneas durante los siglos VI-IV a.C. aunque, obviamente, su principal objetivo sea el de clarificar tanto la cronología de dichos tratados, como la veracidad de los mismos.

Los presupuestos de los que parte el autor son tan sencillos, como lógicos: por una parte, una correcta lectura de los autores clásicos, estableciendo una clara dicotomía entre la información transmitida en la obra de Polibio y la contenida en autores posteriores al historiador de Megalópolis como Tito Livio y Diodoro Sículo; y, en segundo lugar, el contemplar ambos acuerdos en un contexto más amplio, insertándolos en el conjunto de los tratados de la antigüedad clásica.

En esa división, J. Espada plantea desde el inicio que el tema central en la investigación sobre los primeros tratados sancionados entre Cartago y Roma reside en definir si la fecha proporcionada por Polibio se ajusta, efectivamente, a un momento histórico identificado, tradicionalmente, con el final de la monarquía, la expulsión de los tarquinios y la instauración de la república. De hecho, ofreciendo toda una serie de sincronismos y siguiendo un esquema ampliamente difundido entre los autores clásicos, Polibio dataría el primer tratado romano-cartaginés a finales del siglo VI a.C. El segundo, en cambio, no viene fechado en la obra del historiador heleno, cuestión que el autor achaca a que, probablemente, en el momento de la composición de la

obra polibiana todavía no se hubieran publicado los Anales Máximos. No obstante, siguiendo a Diodoro y a Tito Livio, quienes no consignan el primer tratado de Polibio, este segundo acuerdo se debería fechar a mediados del siglo IV a.C.

J. Espada estructura su libro en 16 capítulos divididos, a su vez, en cinco partes. Tras una breve introducción (páginas 23-31), el primer capítulo, que precede a la primera de las partes del trabajo (páginas 33-52), se centra en el primer tratado romano-cartaginés, prestando especial atención al estado de la cuestión y a las pautas de la investigación. El autor remonta el debate relacionado con la datación del primer tratado transmitido por Polibio a las dos principales corrientes existentes desde el siglo XIX. La primera, defendida por Mommsen que, tras haber aceptado inicialmente por buena la referencia de Polibio pasó, posteriormente, a datarlo a mediados del siglo IV a.C. La segunda, debida a Nissen, que tras rebatir a Mommsen asumió como correcta la fecha propuesta por el historiador heleno. A partir de esta división inicial, el autor que se postula a favor de una datación antigua, ofrece un profundo, exhaustivo e interesante análisis historiográfico con las posturas, aportaciones y debates de numerosos estudios y eruditos.

La primera parte (páginas 53-68) recopila y analiza con profundidad las fuentes históricas disponibles para los diversos tratados establecidos entre Roma y Cartago. En este sentido es ciertamente de agradecer la reproducción de los textos originales de los diversos autores clásicos que nos han transmitido dicha información. Por otra parte, este primer apartado del libro trae a colación las célebres inscripciones de Pyrgi (páginas 61-68), unas inscripciones bilingües en escritura púnica y etrusca que demuestran la existencia de relaciones entre cartagineses y los pueblos itálicos en fechas lo suficientemente elevadas como para poder considerar que la cronología propuesta por Polibio para el primer tratado romano-cartaginés podría ser correcta.

La segunda parte del libro, titulada «Los procedimientos de la diplomacia en la Antigüedad» (páginas 69-94), consta de tres bloques o capítulos. Los dos primeros sirven a guisa de descripción para comprender los diversos medios por los que se articulaba la práctica diplomática, de modo que se repasa la tipología y la estructura de los acuerdos con la evocación de varios ejemplos conservados tanto en soporte epi-

gráfico como en las fuentes literarias. En este mismo contexto se introduce el análisis del segundo acuerdo romano-cartaginés, un tratado que el autor lamenta no haya sido objeto de estudio al mismo nivel que el primero. No obstante, la importancia del segundo acuerdo queda patente mediante el excelente análisis compositivo y tipológico que ofrece J. Espada, destacando tanto las similitudes como, especialmente, las diferencias que contiene respecto al primero. El último de los apartados versa acerca de los tratados internacionales efectuados bajo el reinado de Tarquinio el Soberbio, un capítulo que el autor considera necesario introducir en el contexto de la praxis diplomática en la antigüedad y, motivado además, como posible punto de partida de tratados posteriores en un contexto más amplio que, a la postre, refuerza la veracidad de la información polibiana.

Los siguientes cinco apartados conforman la tercera parte de la monografía, que lleva por título genérico «El contexto histórico de los primeros tratados romano-cartagineses». Se trata del bloque más amplio del estudio (páginas 95-188), y detalla con gran precisión el contexto en el que se sancionaron los dos primeros acuerdos entre Roma y Cartago. En el capítulo «*Post reges exactos*» J. Espada repasa el momento de la expulsión de los reyes de Roma, prestando especial atención a todos los eventos que se acumulan en torno al año 509 a.C., fecha tradicionalmente propuesta como momento de paso de la monarquía a la república. Los siguientes apartados siguen un esquema compositivo paralelo, repasando concienzudamente las relaciones existentes entre los diversos pueblos ubicados en el entorno itálico de los siglos VI-IV a.C. El autor desgana el elenco de los tratados sancionados por Roma con el Lacio y con las ciudades etruscas, así como la expansión púnica y el establecimiento de contactos entre Cartago y diversos pueblos en el arco mediterráneo.

La cuarta parte, llamada «Aspectos complementarios» (páginas 189-213), comprende tres capítulos en los que repasan cuestiones que, indirectamente, tienen relación con el establecimiento paulatino de contactos entre Roma y sus vecinos. En primer lugar, el autor ofrece un rápido repaso a la conservación documental, es decir, a la tipología de los archivos que pudieran haber conservado documentación pertinente a la actividad diplomática púnica y romana. En segundo lugar, se describe la navegabilidad del río Tíber en la antigüedad como posible vía de incursión

e intercambio de elementos culturales. Esta cuestión queda plasmada con el tercer y último capítulo de este bloque donde, a modo de *excursus*, J. Espada describe la presencia y generalización del culto a Juno como divinidad itálica, así como la paulatina introducción, asentamiento y asimilación en Italia de cultos de diverso origen que irán enriqueciendo paulatinamente el panteón romano.

Finalmente y tras cerrar el contexto que rodea la notificación de la existencia de un primer tratado entre Roma y Cartago, los tres últimos capítulos, que conforman la quinta parte del libro, titulada «Valoración y conclusiones finales» (páginas 215-261), vuelven a retomar el debate cronológico y un análisis profundo de la composición literaria polibiana. A modo de comparación, el autor incorpora los textos correspondientes a Diodoro Sículo, Tito Livio y Orosio, centrándose en la terminología diplomática usada por estos autores.

Dos son las principales conclusiones que se extraen del buen trabajo de J. Espada. En primer lugar, y quizá estamos ante su aportación más interesante, el autor demuestra que mediante el establecimiento de las relaciones diplomáticas con Cartago, plasmadas en el primero de los tratados transmitidos por Polibio, Roma rebasaba su ámbito regional para entrar en la esfera internacional de manos, precisamente, de quien sería su enemigo endémico (página 269).

En segundo lugar se debe incidir en que la veracidad de las cláusulas de este primer tratado seguirá siendo, con toda seguridad, objeto de debate. No obstante, como acertadamente indica J. Espada, a través de su comparación con otros tratados contemporáneos de la cuenca mediterránea se podrían identificar las principales características que originalmente deberían haber figurado en el texto primigenio. En este sentido, el autor señala que, si bien los tratados que las fuentes literarias remontan a la época monárquica podrían ser apócrifos, la información, la estructura y la disposición de las cláusulas ofrecen suficientes pistas acerca de los cauces diplomáticos de la época y, en consecuencia, refuerzan la antigüedad y la veracidad del primer tratado polibiano que, indefectiblemente, debería remontarse a finales del siglo VI a.C. (páginas 270-271).

DENIS ÁLVAREZ PÉREZ-SOSTOA
UPV/EHU
denis.alvarez@ehu.es

María PAZ DE HOZ Y Gloria MORA (eds.), *El Oriente griego en la Península Ibérica: epigrafía e historia*, Real Academia de la Historia (Serie Bibliotheca Archaeologica Hispana, n.º 39), Madrid, 2013, 355 pp, ISBN: 978-84-96849-36-5.

El estudio de la presencia griega en la península Ibérica ha experimentado un notable avance en nuestro país desde los años ochenta del pasado siglo debido, sobre todo, a las aportaciones en el campo de la arqueología y la epigrafía. Los hallazgos arqueológicos realizados en las excavaciones, así como los estudios sistemáticos de algunos materiales que formaban parte de las colecciones arqueológicas de nuestros museos, han proporcionado a los estudiosos nuevos datos, además de nuevos planteamientos teóricos sobre una buena parte de la historia de la colonización griega de Iberia, tanto de su interacción cultural y social con los pueblos indígenas del área ibera, como con otros pueblos colonizadores. Este avance cuantitativo, pero también cualitativo, en la investigación del mundo greco-oriental en la península Ibérica ha tenido, en los últimos años, algunos hitos muy significativos, como recordaban Paloma Cabrera y Ricardo Olmos en un breve balance historiográfico sobre la arqueología griega publicada en una reciente obra de síntesis, titulada *Iberia Graeca: El legado arqueológico griego en la península Ibérica* (Girona, 2012).

Entre los últimos hitos de este proceso historiográfico cabe destacar, precisamente, la constitución del *Centro Iberia Graeca* en 2007, impulsado por el Ministerio de Cultura, a través del Museo Arqueológico Nacional, y por el Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, a través del Museu d'Arqueologia de Catalunya, con la colaboración del Ayuntamiento de l'Escala (Girona). Además, cabe destacar el papel que han jugado algunas universidades, a través de sus grupos de investigación especializados en el estudio de la presencia griega y greco-oriental en la península Ibérica, desde distintos ámbitos de especialización. Uno de los logros más recientes desde este ámbito ha sido la publicación del libro *El Oriente griego en la Península Ibérica: epigrafía e historia*, que reseñamos aquí.

Se trata de una obra colectiva editada bajo la dirección científica de las profesoras María Paz de Hoz (Universidad de Salamanca) y Gloria Mora (Universidad Autónoma de Madrid), con amplia

experiencia investigadora en el campo de la Filología Griega y la Historia Antigua. La publicación es fruto del trabajo realizado en el marco de un proyecto de investigación financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España y en ella participan una quincena de investigadores de diferentes universidades, centros de investigación y museos españoles. El resultado final es una obra de carácter multidisciplinar, en la que se abordan diferentes aspectos de la historia y la cultura material de los griegos y greco-orientales en la península Ibérica.

Como consecuencia de este carácter multidisciplinar, pero también debido a la propia escasez de las fuentes literarias y arqueológicas, y sobre todo epigráficas, se observa en varias contribuciones cómo una misma realidad puede ser interpretada desde perspectivas diferentes. Por ello, el lector de este libro, lejos de encontrar posiciones unánimes de los autores que participan en él, podrá comprobar que estas diferentes interpretaciones no hacen más que confirmar que el estado de la cuestión está abierto en algunos temas concretos, como las editoras científicas de la obra advierten en su introducción.

La primera parte de la obra está dedicada al análisis de la presencia griega y greco-oriental en la península Ibérica en época arcaica, clásica y helenística. El primer capítulo, realizado por Adolfo Domínguez Monedero (Universidad Autónoma de Madrid) está dedicado al estudio de la presencia de los primeros griegos en la península Ibérica a partir de las fuentes literarias y arqueológicas, centrandose su atención en los mitos, probabilidades y certezas de una realidad histórica muy compleja, debido a los problemas que plantean las fuentes sobre las que apoyar cualquier hipótesis. Para este autor, los grafitos griegos de Huelva descubiertos en los últimos años son de gran importancia para apoyar la teoría de la temprana presencia griega en esta zona, antes de que prefirieran otros emplazamientos para sus emporios en el área mediterránea peninsular. En el siguiente capítulo Javier de Hoz (Universidad Complutense de Madrid) analiza la importancia del comercio en época arcaica y clásica a través de los grafitos y cartas de plomo que han llegado hasta nuestros días. Su exposición, que sigue un hilo cronológico y geográfico, va desde los primeros testimonios escritos que confirman la presencia griega en Iberia, a partir del siglo VII a. C., hasta época

helenística avanzada, y desde los nuevos grafitos de Huelva, hasta los testimonios epigráficos del Rosellón y Languedoc.

Por su parte, Joaquim Tremoleda y Marta Santos (Museu d'Arqueologia de Catalunya-Empúries), centran su trabajo en el estudio del comercio oriental en época helenística a través de los sellos anfóricos, procedentes en su mayoría de Emporion y de algunas poblaciones ibéricas de su entorno. Siguiendo las publicaciones de catálogos anteriores realizados por otros autores, como Isabel Canós i Villena y Manel García Sánchez, entre otros, aportan un catálogo de 120 sellos, con un total de 140 ejemplares diferentes, divididos entre epígrafes sobre ánforas griegas, púnicas e itálicas, cuyas cronologías van desde el siglo III a. C. hasta mediados del siglo I a. C.

Este primer bloque de la obra se cierra con el estudio de los griegos de Iberia en época arcaica y clásica a partir de los datos metrológicos y numismáticos, realizado por M.^a Paz García-Bellido (Centro de Ciencias Humanas y Sociales, CSIC). Su trabajo analiza la importancia del comercio, pero también del contacto cultural entre los griegos y los pueblos indígenas, así como de los cultos, a través de la información que proporcionan las monedas. La autora analiza la documentación numismática procedente de diversas áreas geográficas, organizadas en torno a las dos grandes zonas en las que se desarrollaron los primeros contactos comerciales de los griegos, las zonas costeras del sur peninsular, en una fase más temprana, y el nordeste peninsular, centrada en las amonedaciones de Emporion y Rhode. Finaliza su capítulo con un análisis de la epigrafía monetaria de ambas cecas, las relaciones de la metrología de las monedas de Rhode y Emporion con el mundo púnico y los hallazgos de moneda griega en la península Ibérica.

El bloque central del libro recoge varios capítulos dedicados al estudio de la presencia griega en Hispania en época romana altoimperial. El primero de ellos se centra en el estudio de los mosaicos como documentos que transmiten información iconográfica pero también, en ocasiones, epigráfica, realizado por Guadalupe López Monteagudo (Centro de Ciencias Humanas y Sociales, CSIC). A través del recorrido que hace sobre los mosaicos que se han conservado en distintos yacimientos hispanos,

la autora se detiene en sus aspectos iconográficos, pero también en la onomástica de los musivarios, que remiten en ambos casos a Grecia y al Oriente helenizado, todo ello en un contexto complejo en el que no son ajenos algunas tradiciones indígenas, en algunas áreas geográficas peninsulares.

La información epigráfica que ofrecen los mosaicos con inscripciones griegas es objeto de un estudio pormenorizado por Joan Gómez Pallarès (Universitat Autònoma de Barcelona), actualizando la información recogida en varios trabajos anteriores realizados por él mismo. En total, recoge un *corpus* de catorce inscripciones musivas, cuatro de las cuales proceden de Emporion, mayoritariamente de cronología tardía, entre los siglos II-III y IV-V d. C. El autor destaca el hecho de que las inscripciones griegas sobre mosaico más antiguas proceden de contextos urbanos en áreas geográficas costeras, mientras que las más recientes aparecen en contextos no urbanos y en zonas del interior de Hispania.

Por su parte, José Beltrán Fortes (Universidad de Sevilla), estudia la presencia de greco-orientales en la Hispania republicana e imperial a través de los testimonios epigráficos que han llegado hasta nuestros días, partiendo del detenido análisis de los propios soportes epigráficos (cuando ello es posible al haberse conservado estos) y de los elementos internos de las propias inscripciones que incluyen nombres de origen greco-oriental. Consciente de los problemas que plantea un acercamiento a este tema, debido a la habitual presencia de *nomina* o *cognomina* greco-orientales en contextos onomásticos de esclavos y libertos, debido más a justificaciones sociales que a criterios de procedencia geográfica, José Beltrán recoge aquellos testimonios que, a partir de diversos indicios, pueden considerarse como seguros o probables, que distribuye en época republicana (más abundantes en la *Hispania citerior*) y en la época imperial (con importantes concentraciones en algunas ciudades de la Bética, como *Corduba*).

La visibilidad de la inmigración griega y greco-oriental a través de los testimonios epigráficos de cultos griegos y cultos sincréticos en la península Ibérica es objeto de estudio por María Paz de Hoz (Universidad de Salamanca). Su extenso trabajo presenta un estado actual de la cuestión sobre los testimonios de cultos griegos y de los llamados cultos orientales en la península Ibérica, desde la pers-

pectiva de las vías de entrada y difusión de estos cultos y del papel que los griegos y greco-orientales jugaron en su recepción. Según la autora, la utilización de la lengua griega, así como el culto a las divinidades griegas y de origen greco-oriental, permiten reconocer no sólo los grupos étnicos de origen greco-oriental dispersos en diferentes áreas de la península Ibérica, sino también la adaptación de estos al mundo romano.

Finalmente, la obra se cierra con los capítulos dedicados a la presencia greco-oriental en la Hispania bajoimperial y visigoda. El primero de los trabajos de esta serie, realizado por Pablo C. Díaz (Universidad de Salamanca) está dedicado al análisis del peso de los cristianos orientales en la llegada del cristianismo a la península Ibérica, a través de las evidencias que aportan las fuentes literarias como los testimonios epigráficos. En opinión del autor, es imposible demostrar la personalidad del cristianismo hispano a partir del mayor o menor peso que jugaron los viajeros o inmigrantes orientales en la península Ibérica y propone buscar la impronta oriental del cristianismo hispano sobre todo en las influencias literarias derivadas de la circulación de los textos.

Margarita Vallejo Girvés (Universidad de Alcalá) estudia los contactos entre el oriente y el occidente mediterráneos entre finales del siglo V y principios del siglo VIII. La autora destaca la importancia del emperador Anastasio como antecedente de la política de Justiniano que, en los últimos años, ha sido reivindicada para explicar la política de Bizancio en relación con las tierras occidentales del Mediterráneo. Su capítulo, que aborda el contexto histórico, político y económico de los sucesivos reyes que gobernaron Bizancio entre finales del siglo V y comienzos del siglo VIII, ofrece las claves para interpretar los testimonios epigráficos y arqueológicos de la ocupación bizantina en la península Ibérica, de cuyo estudio se ocupa Jaime Vizcaíno Sánchez (Universidad de Murcia – Fundación Caja Murcia) en su trabajo, acompañado de una amplia documentación gráfica. Para este autor, el registro material que ha llegado hasta nosotros permite hablar de una plena «bizantinización» del territorio peninsular ocupado, sino más bien de una mezcla de ésta con una preponderante «africanización» que se había iniciado con anterioridad a la llegada de los bizantinos.

Por su parte, Josep Anton Remolà Vallverdú (Museu Nacional Arqueològic de Tarragona) estudia las ánforas orientales tardías (siglos V-VII) halladas en *Tarraco*, en un documentado trabajo en el que, además de analizar la presencia de productos alimenticios líquidos y semilíquidos (vino y aceite, principalmente) en la parte occidental del Imperio, profundiza en el significado de los *tituli picti* que aparecen en algunos recipientes anfóricos, procedentes sobre todo de Antioquía y Chipre. La iteración de algunas anotaciones de clara connotación cristiana que aparecen en algunas ánforas, además de las habituales de tipo metrológico o fiscal, pueden considerarse una evidencia, según este autor, de la relación cada vez más consolidada de la iglesia cristiana con la producción de bienes alimenticios en los latifundios orientales, pero también de su control de los canales de distribución y comercialización de estos productos en las principales ciudades del Mediterráneo occidental.

Por último, el interés por el estudio de la presencia griega en la península Ibérica entre los eruditos y coleccionistas de antigüedades españoles de los siglos XVI a XVIII, es objeto de análisis por Gloria Mora (Universidad Autónoma de Madrid). Inicia su capítulo con el interés por los griegos y su cultura material en las obras históricas del Humanismo español para, posteriormente, profundizar en el papel que jugó el estudio de las inscripciones y leyendas monetales dentro del interés por el estudio de las llamadas escrituras desconocidas, así como en la génesis de las primeras colecciones de antigüedades griegas en España, cuyo interés por los llamados «vasos etruscos» constituye uno de sus capítulos más interesantes. La importancia de esta larga etapa de varios siglos de estudio de las antigüedades griegas radica en que, en opinión de Gloria Mora, esta ayudó a sentar las bases sobre las que, a partir del siglo XIX, se asentaría la arqueología griega como disciplina profesional, que tiene como hito principal el inicio de las excavaciones sistemáticas en Ampurias a comienzos del siglo XX.

María Paz de Hoz cierra el libro con un capítulo en el que, a modo de conclusiones generales, realiza un recorrido por las principales aportaciones de la quincena de trabajos que integran la obra. No es una mera recopilación de conclusiones parciales de los distintos trabajos, sino una síntesis en la que, siguiendo un orden temático, María Paz de Hoz

desgrana con detalle la historia de quince siglos de presencia griega en la península Ibérica, utilizando para ello la información extraída de los diferentes capítulos que integran el libro, junto con el material epigráfico disponible, cuyo corpus, realizado por la propia autora, saldrá publicado en breve.

El libro está publicado en gran formato dentro la serie *Bibliotheca Archaeologica Hispana* que, desde finales de los años noventa, publica la Real Academia de la Historia. La quincena de contribuciones que integran el volumen aparecen pulcramente editadas en sus más de trescientas cincuenta páginas y cada una de ellas cuenta con su bibliografía específica, lo que facilita la consulta de las referencias en cada capítulo. El aparato gráfico del libro es digno de destacar, sobre todo en aquellos capítulos que in-

corporan abundantes fotografías, mapas o figuras. Mención especial merece la treintena de fotografías en color que ilustran el trabajo de Guadalupe López Montaegudo dedicado a los mosaicos. En suma, una obra notable, tanto por la calidad de los trabajos que la integran, como por la esmerada labor de edición científica realizada por María Paz de Hoz y Gloria Mora, que aporta una visión amplia y actualizada de la presencia greco-oriental en la Península Ibérica a partir de distintas fuentes y perspectivas. Una excelente síntesis y a la vez un punto de partida para futuras investigaciones.

MANUEL RAMÍREZ SÁNCHEZ
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria
 manuel.ramirez@ulpgc.es

- A. Doug LEE, *From Rome to Byzantium AD 363 to 565: The transformation of Ancient Rome*, Edinburgh University Press, Edinburgh 2013 (360 pp.), ISBN: 978-0-7486-2790-5.

El libro publicado por Doug Lee en octubre del 2013, pretende ser algo más que un simple manual sobre la Antigüedad Tardía. Como su título indica, su objetivo es ofrecer una perspectiva alternativa en torno al proceso de cambio y transformación que tiene como resultado la creación del estado bizantino sobre la base del estado romano. Para ello, el autor se centra en el periodo que va desde la muerte del emperador Juliano (363) a la de Justiniano (565), período cronológico caracterizado por numerosas novedades en todos los aspectos, incluyendo no solo el político, militar y religioso sino también, tal y como lo subraya el autor, en la percepción del mundo mediterráneo, cuestiones que en opinión de Lee fueron impulsadas por dos hechos trascendentales: en primer lugar, el irrevocable desplazamiento del centro de gravedad del imperio hacia el este focalizándose en la ciudad de Constantinopla, situación que permaneció inalterada aún después de la recuperación de varios territorios pertenecientes antaño al Imperio Romano de Occidente, incluida la misma Roma, durante el reinado de Justiniano. En segundo lugar, pero no por ello menos importante, estaría el significado político, social y cultural que supuso la

ascensión del cristianismo, tanto en territorios imperiales como en las regiones de occidente gobernadas ahora por nuevos poderes políticos.

Una de las originalidades del libro reside en la cronología que abarca, ya que tras una breve introducción en torno al Imperio Romano durante la primera mitad del siglo IV, el autor sitúa como punto de partida del estudio la muerte del emperador Juliano (363). En un intento por justificar esa elección poco común, A. D. Lee dota de una importancia notable a los hechos acaecidos en torno al emperador con el que concluye la dinastía constantiniana, caracterizándolo, por un lado, como el último soberano que intentó poner freno al avance del cristianismo, y por otro, como el responsable de la divergencia irreversible que se produjo entre el este y el oeste tras su muerte, dos fenómenos significativos que junto con algunos otros marcaron la distinción entre la Tardoantigüedad y los periodos previos de la historia de Roma. A pesar de que la obra clásica de Edward Gibbon entendiéndose la difusión de la nueva religión como uno de los factores fundamentales que contribuyó al debilitamiento del imperio, Lee opina todo lo contrario argumentado que el Imperio de Oriente se encontraba en esos momentos en un grado mayor de cristianización que el de Occidente y que el nuevo dogma actuó como fuerza de cohesión social en la sociedad romana tardía. De este modo, deja claro su postura a

favor de la visión histórica de una Antigüedad Tardía en términos de transformación y cambio, más que como de trastorno y declive.

El autor, siguiendo la estela de varios historiadores (entre otros, Bury J.B., 1958, *The Later Roman Empire from the Death of Theodosius I to the Death of Justinian (395-565)*, Stein E., 1949, *Histoire du Bas-Empire II. De la disparition de l'empire de l'occident à la mort de Justinien (476-565)* y Demandt A., 1989, *Die Spätantike. Römische Geschichte von Diocletian bis Justinian 284-565 n. Chr.*) propone de alguna manera que el Imperio Romano de Oriente podría pasar a llamarse Imperio Bizantino tras la muerte de Justiniano (565), fecha simbólica que marcaría el final de unas tendencias y el comienzo de otras como por ejemplo, el cada vez mayor predominio del griego sobre el latín en la administración imperial, lo cual diluía una de las características arquetípicas de la sociedad romana que se basaba en la centralidad que ofrecía la lengua latina. A pesar de ello, la identificación de los habitantes de Bizancio como romanos perduró. Según Lee, la supremacía de la lengua griega y de una sociedad fuertemente cristianizada junto con el centralismo ejercido desde Constantinopla conformarían las particularidades que se asociarían con el estado bizantino de la Edad Media. Del mismo modo, su creciente protagonismo durante el siglo VI reflejaría la transformación del imperio romano en una entidad que como descendiente reconocida de la Antigua Roma, resultó ser cada vez más diferente de ella en los aspectos más fundamentales. Siguiendo estas premisas, el estudio está dividido en cuatro partes, de las cuales tres recogen cronológicamente los acontecimientos y cambios políticos, militares así como religiosos más importantes dentro del contexto social, con temas más específicos mostrados intermitentemente, mientras que una cuarta y última parte se encarga de aspectos que abarcan un período más amplio, como el ámbito urbano y el de los patrones económicos: 1. *The Constantinian inheritance. Part I. The later fourth century. Part II. The long fifth century. Part III. Longer-term trends. Part IV. The age of Justinian.*

A pesar de las limitaciones que caracterizan a este tipo de obras respecto a temas más específicos, resulta destacable el esfuerzo de Lee por explicar la supervivencia del Imperio Romano de Oriente y la creación de una nueva entidad estatal sobre las bases de la antigua administración romana; sin embargo, este afán oscurece otros aspectos que van más allá de los de mera índole política, militar y religiosa, como podrían serlo cuestiones nada desdeñables como las vinculadas a la sociedad y a la identidad étnica. En un periodo de grandes migraciones así como de desvanecimiento y creación de nuevos poderes políticos en una sociedad con una conciencia histórica fuerte y donde la propia identidad romana sufrió grandes alteraciones a las que reaccionó de forma muy variada dependiendo de las circunstancias, incluso en los propios territorios que aún se conservaban bajo su control directo, las referencias a dichos fenómenos en esta obra resultan ser de carácter más bien escueto y fugaz.

Aún y todo, en mi opinión, Doug Lee cumple con su objetivo inicial de dar a conocer y argumentar su visión sobre el proceso de relevo del estado romano por el bizantino de manera amena, clara, ordenada y hasta cierto punto original, pues a pesar de que nos encontramos ante un estudio que si bien no aporta demasiadas novedades con respecto al desarrollo de la Tardoantigüedad en el este del Mediterráneo, la originalidad de la elección de un punto de partida cronológico poco habitual y tal vez minusvalorado en la historiografía moderna como lo es la muerte del emperador Juliano, puede llegar a despertar cierto interés y abrir nuevas perspectivas de investigación en torno al carácter trascendental del reinado del último miembro de la dinastía constantiniana para la comprensión del desarrollo de los acontecimientos históricos posteriores.

JOKIN LANZ BETELU
UPV/EHU
jokin.lanz@ehu.es

Alex MULLEN, *Southern Gaul and the Mediterranean. Multilingualism and Multiple Identities in the Iron Age and Roman Periods*, Cambridge University Press [Cambridge Classical Studies], Cambridge 2013 (455 pp.), ISBN: 978-1-107-02059-7.

Este libro es el resultado del trabajo doctoral de su A., del que ya había avanzado algunos detalles en publicaciones previas. La obra se divide en dos partes: la primera es metodológica (Capítulos 2-5), centrada en la teoría sobre el bilingüismo y los contactos lingüísticos; y la segunda (Capítulos 6-9) es su aplicación práctica a un estudio de caso, en concreto al sur de la Galia —*grosso modo* la actual Provenza— durante un dilatado periodo de tiempo: el milenio que va desde la fundación de la colonia foca de *Massalia* (ca. 600 a. E.) hasta el final del Imperio romano, aunque la A. se centra especialmente en los siglos II y I a. E., pues es el momento en el que la documentación —son las centurias en las que se desarrolla la epigrafía galo-griega— ofrece mayores posibilidades. Los objetivos del libro son tres (p. 3): determinar la potencialidad y las limitaciones de las teorías de la moderna sociolingüística para el estudio del mundo antiguo; combinarlas con la arqueología para realizar un análisis interdisciplinar, que se materializa en un doble nivel de examen de las inscripciones (contextualización arqueológica y aplicación de las nuevas teorías sobre los contactos lingüísticos); y ponerlas en práctica en el citado estudio de caso.

En la primera parte se realiza un repaso de los más recientes estudios sobre sociolingüística y las posibilidades y límites que su aplicación ofrece para el análisis del mundo antiguo. Este es un aspecto que ha despertado gran interés en los últimos años a partir de la publicación de la influyente monografía —especialmente en ámbito anglosajón— de J. N. Adams (*Bilingualism and the Latin language*, Cambridge 2003), en la que se aplican de forma sistemática las teorías contemporáneas sobre los contactos lingüísticos al estudio de las lenguas de *corpus*, enfoque al que la A. propone sumar la perspectiva arqueológica para construir una aproximación multidisciplinar. De hecho, A. Mullen se declara igualmente deudora de la obra de A. Wallace-Hadrill (*Rome's culture revolution*, también publicada en Cambridge, 2008), un trabajo de carácter histórico-arqueológico en el que se utilizan los conceptos em-

pleados por Adams en el estudio de las lenguas (también señala otros ejemplos similares en las pp. 17-18).

En los Capítulos 2 y 3 la A. realiza un exhaustivo escrutinio sobre el estado de los modernos estudios sobre los contactos lingüísticos y de los problemas que entraña aplicarlos a la antigüedad, ya que las fuentes se limitan a la documentación escrita, casi exclusivamente epigráfica, cuya representatividad de la realidad lingüística es con seguridad parcial. Renglón seguido aborda la definición de una serie de términos clave en su estudio: relativos a las lenguas (*pidgins*, *creoles* y *bilingual mixed languages*), a las situaciones sociolingüísticas (*bilingualism*, *diglossia* y *ethnolinguistic vitality*) y a los contactos entre diferentes idiomas, para los que la guía fundamental es la mencionada monografía de Adams, y con los que articula un modelo teórico (Tabla 2, a completar con Tabla 5). Son estos últimos conceptos los que también reciben una mayor atención: *code-switching* ('cambio de código o lengua'), en el que se pueden diferenciar *tag-switching*, *inter-sentential* e *intra-sentential switching*; *borrowing* (préstamo), *calquing* (calco) y *loan-shifting*; e *interference* (interferencia). Igualmente establece una tipología para los textos bilingües, a partir de la revisión que realiza de la propuesta previamente por Adams (sintetizada en la Tabla 3): *bi-version bilingual texts*, *texts displaying bilingual phenomena* y *transliterated texts*; también valora la información que aportan unos y otros sobre la complejidad y situación lingüística de la sociedad y los individuos que producen este tipo de documentos (Tabla 5).

En resumen, la A. explicita de forma detallada los conceptos que han de guiar su investigación y ofrece, además, una síntesis crítica sobre los estudios relativos a los contactos lingüísticos (incluida una copiosa bibliografía), ofreciendo al lector una buena introducción al tema. Sin duda, uno de los aspectos más positivos que conlleva esta nueva línea de investigación es la revaloración de las *Restsprachen* y de las epigrafías epicóricas, en este caso del *corpus* galo-griego.

En esta primera parte la A. también repasa otra serie de conceptos que emplea igualmente en su obra, procedentes en este caso de las teorías del post-colonialismo y de los trabajos, entre otros, de J. H. C. Williams, G. Woolf y W. Wallace-Hadrill: *ethnic identity*, en cuya definición la lengua juega un papel importante; *Celtic*, punto en el que

sigue las posturas de la denominada por Williams 'post celtic' school; y *cultural contacts*. En relación a este último, se hace eco del proceso de crítica y deconstrucción que en los últimos años han sufrido los conceptos de helenización y romanización, que se ha propuesto sustituir por creolización, hibridación o bilingüismo, entre otros. La A., por un lado, suscribe parte de las críticas, aunque acepta la utilidad de los viejos términos siempre y cuando se analice de un modo más sofisticado la transmisión de los fenómenos culturales, se tenga en cuenta la *agency* de los indígenas y de los individuos, no se contemple la cultura como algo monolítico y estático y, además, se añade a todo lo anterior el estudio de la oposición y las resistencias. Pero, por otra parte, influida por la monografía de P. Horden y N. Purcell (*The corrupting sea: a study of Mediterranean history*, Oxford 2000), propone también un nuevo concepto: *Mediterraneanization*, bajo el que se engloban los de helenización y romanización y que resume una de las principales ideas de su obra, en la que se revalúa y minimiza la importancia de *Massalia* y las colonias foceas en la génesis y el desarrollo de la epigrafía galo-griega frente a la influencia itálica y de lo que denomina 'koiné mediterránea'.

En los Capítulos 4 y 5 aborda dos aspectos concretos de los contactos lingüísticos: las escrituras y la onomástica. En el primero se ocupa de la creación del galo-griego, para lo que analiza el proceso de adaptación del alfabeto por parte de las comunidades locales a su propia lengua, objetivo para el que hubiera podido ser de utilidad emplear los trabajos teóricos de A. L. Prosdocimi. Igualmente afronta una de las cuestiones más interesantes, planteada por M. Bats, sobre este problema: la causa del *decalage* cronológico entre la colonización griega (Marsella se funda en torno al 600 a. C.) y la adopción del alfabeto para escribir el galo, que los testimonios disponibles sitúan en el siglo II a. E. Según la A. la adaptación debió producirse en el ámbito del comercio y como respuesta tanto a factores internos (urbanización y crecimiento económico, incluida la aparición de la moneda) como externos, especialmente la influencia de la *koiné* mediterránea y, más concretamente, itálica pues, a diferencia la investigación tradicional (representada por autores como M. Lejeune o P. Y. Lambert), resta importancia al ascendiente masaliota. Igualmente valora de forma positiva el peso de las causas identitarias en

su origen (p. 120): «*self-representation became increasingly important in a period when non-Celtic-speaking populations [itálicos] were steadily becoming more dominant and populus*», circunstancia que compara con la adopción del signario ibérico en la Celtiberia. Por contra, en Languedoc se documentan NNPP galos en inscripciones ibéricas desde el siglo IV a. E., situación divergente con la que también hubiera sido de interés realizar una comparación.

Por su parte, el Capítulo 5 está consagrado a la onomástica como índice de los contactos lingüísticos aunque señala cómo, incluso cuando se puede establecer el origen lingüístico de un nombre, no es legítimo hacer una ecuación directa entre éste y la etnicidad de su portador. La A. divide la historia de investigación según plantea un enfoque etimológico u otro que denomina holístico; también analiza los nombres personales griegos, latinos y galos y sus respectivas fórmulas onomásticas y establece cuatro vías de adaptación de los nombres extranjeros: 'colourless' *cognomina*, 'cover names', *translation names* y nombres de prestigio (principalmente de emperadores), proceso que en algunos casos puede generar nombres híbridos.

En la segunda parte del libro pone en práctica los conceptos y la metodología expuestos en el estudio de una región concreta: el sur de la Galia aunque, como hemos visto, ya se aborda la problemática de esta zona en los Capítulos 5 y 6. En primer lugar examina la relevancia de la cultura griega y en especial de su lengua en este territorio, evaluada positivamente por buena parte de la investigación moderna y apoyada en afirmaciones de autores clásicos como la de Trogo Pompeyo: *Gallia in Graeciam translata*. Emplea para ello el catálogo de inscripciones griegas de J. C. Decourt (*IGF*, Lyon 2004), en el que sólo se incluye una mínima parte del *instrumentum inscriptum*, por lo que la A. ha elaborado una lista con los ejemplares excluidos en el citado catálogo y las novedades (Apéndice 2), un total veinte descartes de *IGF* y 70 nuevas entradas. Este conjunto de documentación le permite evaluar de forma más completa la difusión del griego en la región con las siguientes conclusiones: 1. las inscripciones previas a época imperial son escasas (en *IGF* se recogen en torno a 25) y entre ellas apenas hay ejemplares sobre piedra; 2. la casi total ausencia de nombres galos en este conjunto de epígrafes; 3.

los textos proceden principalmente de las colonias helenas y solo algunas inscripciones documentan la penetración del griego hacia el interior (como la tésera de los Velaunios, *IGF* 1); y 4. estos textos se asocian con las actividades comerciales, como sucede con el plomo de Pech Maho (*IGF* 135). Sin embargo, también hay una serie de testimonios asociados al ámbito artesanal (esgrafiados *ante cocturam* sobre cerámicas de almacenaje y marcas de cantero en Saint-Blaise), sobre los que merecería la pena profundizar.

Por otra parte, no hay ningún texto bilingüe y son escasísimos los que presentan huellas de contactos lingüísticos. Por ello, la A. concluye negativamente la evaluación de la citada sentencia de Trogo Pompeyo que rige este Capítulo 6. También es consecuencia de lo anterior que en el Capítulo 7 analice la posible influencia itálica en la epigrafía galo-griega, en concreto: la presencia de nombres personales latinos; la inscripción de Velleron, en la que se incluye el verbo latino *ualete*; y la fórmula *dedebratoudekanten*, documentada en un total de catorce textos (de los que ofrece un buen repertorio fotográfico) y cuya interpretación viene dificultada por el uso de la *scriptio continua*. La A., tras revisar las diferentes propuestas, propone segmentar *dede-bratou-dekanten*, en la que el último formante sería un calco celta de un concepto foráneo. De nuevo, como sucedía con otros aspectos, la A. resta importancia a la influencia griega en el desarrollo de esta fórmula a favor de la *koiné* mediterránea y, especialmente, del factor itálico.

El Capítulo 8 recoge el análisis detallado de dos de los yacimientos más significativos de la región. El primero es *Glanum*, sobre el que la A. repasa la historia de las investigaciones arqueológicas y aporta los datos extraídos del estudio que realiza de su onomástica (antropónimos y teónimos, recogidos en el Apéndice 3), en el que retoma la idea de *Mediterraneanization* —múltiples interacciones— frente a helenización. El segundo conjunto analizado es el espectacular *corpus* epigráfico recuperado en el santuario sito junto a la colonia de Olbia y dedicado a *Aristaios*. Se trata de una larga serie de esgrafiados griegos sobre cerámica en los que se documenta un número significativo de nombres personales galos. Lamentablemente, no

existe aún una edición completa de este magnífico conjunto epigráfico, por lo sólo se dispone de las informaciones parciales publicadas hasta la fecha, lo que limita notablemente las posibilidades de estudio, aunque por ello no deja de ofrecer un buen ejemplo de las relaciones establecidas entre griegos y galos.

En el penúltimo capítulo, bajo el título «Being Greek, becoming Roman, staying Celtic?», la A. aborda la situación lingüística en el sur de la Galia en época imperial. En primer lugar, analiza la situación de la lengua helena a través de las inscripciones y concluye que éstas, en su mayor parte, son reflejo de un uso especializado del griego, que no responde a una pervivencia de una situación anterior sino a la posición de esta lengua en el contexto del Imperio romano, es decir, un idioma de cultura y propio de determinados ámbitos como la educación, la medicina, las artes o la religión. En segundo lugar, constata el declive del galo como lengua escrita y aborda el debate de la llamada '*Celtic renaissance*', para cuya resolución apunta la importancia de los datos que pudieran extraerse del estudio de la onomástica, impracticable por ahora al no disponer de un *corpus* epigráfico moderno que recoja el conjunto de las inscripciones romanas de la zona. En tercer y último lugar se ocupa del latín, tanto el posible desarrollo de una variante regional, en lo que sigue otro de los trabajos de J. N. Adams (*The regional diversification of Latin 200 BC-AD 600*, Cambridge 2007), como su relación con el griego, para lo que analiza algunas inscripciones recogidas en *IGF* en las que se reflejan algunos fenómenos propios del bilingüismo, que considera resultado del deseo de plasmar una identidad dual, griega y romana, característica del periodo imperial.

En el último capítulo la A. enumera las ideas fundamentales de su trabajo, evalúa los logros y limitaciones de la metodología empleada y expone ulteriores vías de investigación. En conclusión, estamos ante una obra que sigue el camino abierto por J. N. Adams en el estudio de los contactos lingüísticos y el bilingüismo en el mundo antiguo, con el consiguiente interés por las epigrafías epicóricas y en este caso concreto por el galo-griego. En libro se emplea de forma crítica la metodología propuesta por Adams y a ella se

suma la contextualización arqueológica, aplicadas a un espacio preciso: el sur de la Galia. Una de las propuestas más significativas es el cuestionamiento que realiza la A. sobre de la importancia que tradicionalmente la historiografía ha otorgado a la colonización griega en el desarrollo cultural de la región, frente a la que revaloriza unas influencias

más amplias, mediterráneas (de ahí su concepto de *Mediterraneanization*), entre las que subraya el papel clave del factor itálico.

IGNACIO SIMÓN CORNAGO
UPV/EHU
i.simon@ehu.es